

Carlos Plasencia

De la enseñanza del dibujo, y de algún efecto colateral

No me resulta extraño leer en el encabezado del texto de Francisco Baños, que precede a este escrito, una cita de Paul Valéry (1871-1945), el ensayista y poeta francés, considerado uno de los más importantes escritores filosóficos modernos. Para muchos de los que nos dedicamos a esto de las Bellas Artes, y concretamente, a cuantos por las razones que sea, centramos en el dibujo una mirada especialmente interesada, el texto que el escritor galo dedicara en su momento a su admirado amigo Degas —«Degas, danza, dibujo»¹— es lo que llamamos un clásico al que recurrimos con frecuencia. Valéry tiene muchos escritos sobre artes plásticas —*Piezas sobre arte*— en los que se aproxima con rigor y pureza tanto a la actividad como a sus aspectos materiales, y lo hace siempre con una gran calidad literaria y manifestando una exquisita sensibilidad. Quizás porque era un artista partidario de hacer un arte limitado a concluir en lo que llamaban sus contemporáneos, «obras del espíritu», cuidaba extremadamente la precisión de su lenguaje, algo en lo que Francisco Baños también fijaba una atención especial. En las muchas conversaciones que mantuve con él a lo largo de los treinta años que nos conocimos, era habitual que nos enfrascáramos en discusiones semánticas, supongo que por la necesidad de asegurarnos la comprensión de nuestros argumentos. Si bien es verdad que «a los artistas les basta comprenderse lo justo para no entenderse», como decía el ya citado Valéry, que también pensaba que ni el nuestro, ni ningún arte en general es un modelo de precisión, esa sensación de «no entenderse», pese a que también teníamos nuestros desacuerdos, nunca la tuve con él.

¹VALÉRY, Paul: «Degas, danza, dibujo». *Piezas sobre arte*. Madrid: Visor, 1999. (Colección La Balsa de la Medusa [n° 100]).

Una de las facultades que distinguían a Baños era el uso de la palabra. No se privaba de razonar sobre cualquier cuestión, y cuando hablaba del dibujo, o del arte en general, lo hacía de forma nítida, y pese a lo enormemente pasional que era, solía emplear de manera bastante controlada esa metafísica procedente de las emociones que, más allá de convertir cualquier discurso en particular, suele enturbiarlo.

Como alumno suyo que fui en la antigua Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, recuerdo que me atraía mucho su forma de exponer los problemas a los que debíamos enfrentarnos en las clases que impartía de una asignatura, de título tan descriptivo como Dibujo del Antiguo y Ropajes. Su estilo, su léxico y su locución eran componentes que hacían que su discurso fuera muy efectivo entre nosotros, algo que se agradece en un taller de dibujo, cuando lo que se espera es que te describan las deficiencias de tu trabajo, en vistas a su posible corrección. Más tarde, y con una mayor experiencia, me percaté que no eran muchos los profesores de ese tipo de materias con una visión tan hecha, ordenada y precisa como la que mostraba él acerca del dibujo. Eso sí, alguno había de oratoria más florida que teníamos que sufrir doblemente, ya que por una parte resistíamos estoicamente el castigo de escuchar educadamente (como no puede ser de otra manera) y por otra, éramos víctimas de la peor consecuencia de la impureza del lenguaje en boca de un profesor: no saber lo que te requiere.

La destreza que mostraba Baños a la hora de verbalizar sus reflexiones en torno al dibujo y sobre la complejidad que entrañaba su práctica le distinguió siempre en el ejercicio de su cátedra. Y esa capacidad que le permitía expresarse en público de forma fluida, elegante y